

# Lecciones del sur para una etnografía desde el sur<sup>1</sup>

FRANCISCA MÁRQUEZ  
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO  
SANTIAGO DE CHILE  
Correo electrónico: fmarquez@gmail.com

DOSSIER

En América Latina, como en el resto del planeta, vivimos un tiempo histórico y cultural complejo. Son tiempos de profundo des-concierto y también de esperanza en nuestros territorios del sur. Claudia Briones nos hablaba recientemente de *la grieta*, una acertada noción para hablar del presente, de nuestros paisajes, de nuestras culturas y de nuestros cuerpos. Por eso mismo, pensar y hacer una etnografía desde el sur y para el sur, entre lo heredado y lo propio, como dice Esteban Krotz (1993), exige por definición excavar estas grietas, excavar en esa liminalidad de la disciplina a la que aludía Gustavo Lins Ribeiro en el primer conversatorio del reciente Congreso de la ALA, 2020.

Hablo y escribo desde Chile, un país convulsionado por la revuelta y la pandemia, pero sobre todo por el hartazgo con un sistema neoliberal que gobierna cada uno de los aspectos de nuestras vidas. En Chile, desde el viernes 18 de octubre 2019, las ciudades ardieron, las calles se llenaron de escombros y se poblaron de sonidos que, como tambores de guerra, vistieron durante cinco meses el paisaje de la protesta. Así, lo que empezó como una revuelta contra el aumento del precio del transporte público se convirtió pocos días después en una gran insurrección popular contra las políticas neoliberales.

1 En esta intervención estamos usando el sistema de referencia de las Normas APA.



Monumento al general Baquedano y bandera chilena de luto, plaza Dignidad, Santiago, 2020.  
Álvaro Hoppe (c).

Conmovidos, los/as etnógrafos/as nos lanzamos a las calles a *participar para observar y observar para participar* (Guber, 2004), sin tregua. Las esculturas descabezadas, los generales caídos de sus caballos, las mujeres semidesnudas gritando el abuso sexual, los jóvenes de ojos vendados...<sup>2</sup> daban cuenta de la ira y el crujiir de la democracia. Entre escombros, cenizas, fierros retorcidos, monumentos tumbados, farmacias, bancos y supermercados saqueados, la mirada de la etnografía se instaló para interrogar esos espacios y sus prácticas. *Despercudiendo la mirada de la tentación de dominar lo que mira* (Rivera-Cusicanqui, 2018), los/as etnógrafos/as observábamos cómo las ciudades perdían su forma, sus monumentos y las calles se poblaban de heridos. En tiempos de revuelta y confusión, la etnografía se volvía un ejercicio de inmersión en la urgencia, de esfuerzo por desandar posiciones fijadas, y por sobre todo de control del miedo para atreverse a mirar hacia atrás y hacia adelante. En

2 Al 15 de marzo 2020, a cinco meses del estallido social, los mutilados oculares, producto de los disparos de las fuerzas policiales, sumaban más de 460.

estos meses los y las etnógrafas del sur, de ese sur lejano que es el chileno, tuvimos que aprender a en-red-arnos y a escabullirnos en los laberintos de un paisaje cambiante y riesgoso.



Río Mapocho y pañoleta lila NO +, Santiago 2020. Álvaro Hoppe (c)

Cientos son los textos, los ensayos y columnas que nacieron de estas andanzas del «estar ahí».<sup>3</sup> Son las etnografías del sur que anuncian y denuncian: anuncian (y celebran) las prácticas de esa *diferencia radical* desplegada en las calles, como diría Marisol de la Cadena; pero también denuncian la política de control y represión a dichas prácticas. De cierta manera, así como la cultura «despertó» de su letargo, las etnografías retomaron el compromiso

3 Una semana después del estallido, las declaraciones del Colegio de Antropólogas y Antropólogos de Chile, así como las de las escuelas de antropología y arqueología no se dejaron esperar. Desde el norte al sur del país, profesores e investigadores expresaron su solidaridad con el movimiento social y el rechazo a la violenta represión. Desde los tres primeros meses del estallido social se contabilizan doce declaraciones públicas del gremio de los antropólogos/as, 30 columnas en medios de prensa, diez entrevistas en televisión y radio, y más de 200 etnografías y análisis en redes sociales. Desde las preocupaciones disciplinares se advierte de la legitimidad del reclamo social y de la urgencia del respeto a los derechos humanos de quienes se manifiestan.

con el análisis crítico de las estructuras de poderes y saberes que subyacen a un modelo social instalado a sangre y fuego hace casi medio siglo. Desde esta experiencia política y etnográfica que nos deja este tiempo de insurrección y pandemia, identifico cuatro tensiones o desafíos como componentes centrales en la definición de las etnografías del sur: autonomía, vocación de lo público, visión crítica y, finalmente, otros saberes/nuestros saberes.



Jóvenes brigadistas de primeros auxilios durante la protesta en Santiago, 2020. Álvaro Hoppe (c)

UNO, parto con la cuestión de la AUTONOMÍA, aspecto central para una disciplina que nace de la mano de intereses coloniales, y que hoy en contextos neoliberales y fuertemente mercantilizados, sigue vigente. Autonomía, ¿respecto de quiénes? Ciertamente la pregunta por la autonomía refiere a las relaciones de las etnografías con las instancias de decisión externas. Esta autonomía tiene siempre un significado histórico, situado y geopolítico. En Chile, así como en otros países del sur, las *estrategias económicas liberales*, la globalización económica, la privatización de activos, la mercantilización de algunos sectores y el aumento del mercado como casi único principio regulador, hacen urgente la pregunta

por el poder de esos agentes sobre nuestro quehacer. En el predominio del *capitalismo académico, de las consultorías para el Estado* o los *estudios de impacto medioambiental*, este juego de actores ha tendido a complejizarse. De allí la duda por el margen de soberanías posibles y deseables para nuestras etnografías del sur. Sabemos que ese juego de poderes puede instalar una lógica que redirecciona el quehacer de las etnografías hacia lo que permite y lo que «paga el mercado». <sup>4</sup> Para un pensador (neo)liberal en economía, el mercado expresa bien las necesidades sociales a través de los precios. Más allá de la crítica a esa afirmación, vale recalcar que la etnografía arriesga su perspectiva crítica al someterse a los intereses e indicadores de mercado. Parte del legado de décadas de neoliberalismo que minimiza lo público y el conocimiento como un bien común y configura procesos profundos de mercantilización social, el riesgo es que ello permee al conjunto del quehacer de la disciplina para transformarla en agentes del Estado o del empresariado. De allí que una *economía política* en los términos de Fernando Cardoso de Oliveira, y de *geopolítica del conocimiento antropológico* en los términos de Esteban Krotz, sea inevitable para resguardar nuestra autonomía del quehacer en un contexto de tanta desigualdad y mercantilización de la vida y de las ciencias del sur.

DOS, DEL COMPROMISO POR LO PÚBLICO: Me parece importante insistir —como hemos venido escuchando en el transcurso del Congreso ALA— con que una autonomía sin compromiso con lo público implica recluir la etnografía dentro de una *torre de marfil*. Por esa obligada vinculación con la cultura es que la autonomía del saber etnográfico no puede evitar su preocupación por lo público, por lo común, por su impacto y deber social. De allí que la autonomía «de» sea siempre una autonomía «para», sin lo cual, la primera carece de valor pleno. El sentido público habla de

---

4 Una consecuencia es que se prioricen áreas de conocimiento que interesan al mercado o al Estado, puesto que el dinero invertido se transforma en ganancias económicas o bien al control biopolítico. Un ejemplo son las etnografías sobre comunidades pesqueras, campesinas o mineras en territorios de alto interés para la industria extractiva.

la importancia de minimizar el riesgo de un quehacer etnográfico volcado hacia sí mismo, que no reflexiona sobre las consecuencias de su interdependencia con la sociedad. Ciertamente este imperativo nos interroga respecto de la naturaleza e implicancias de nuestra producción. Una axiología profunda de las etnografías del sur solo es posible cuando ella observa las consecuencias culturales (a veces nefastas) de su conocimiento; allí es cuando lo público emana.

TRES, DE LA MIRADA CRÍTICA: Lo señalado nos lleva a la condición de una etnografía crítica; crítica de sí misma y de su quehacer: ¿para qué existir?, ¿para qué el conocimiento?, ¿para qué las verdades?, ¿para qué investigar? Preguntas que no se contienen ni responden solo en la cualidad del conocimiento mismo, sino en cuestiones que dicen relación con la democracia, el colonialismo, la diversidad, la sustentabilidad, la igualdad... nociones cuyos contenidos son normalmente polisémicos y disputados, porque siempre estarán cultural e históricamente situados y significados.

En América Latina las ciencias sociales y la etnografía han participado históricamente del análisis crítico de las estructuras de poderes que subyacen a nuestras sociedades, así como de los mecanismos que tienden a asegurar su reproducción. Comprender y mostrar que los problemas no están solo en las situaciones y voluntades de cada individuo, sino en violencias estructurales, simbólicas y normalizadoras de nuestras culturas desiguales, requiere con urgencia ser parte constitutiva de nuestro quehacer. Hoy, sin embargo, las posibilidades de autodeterminación están desigualmente distribuidas en el tejido social. Una descripción de las contranarrativas no es simple, porque ello reclama romper con la naturalización de las condiciones en que se produce el conocimiento, y desmenuzar las estrategias económicas, políticas y los mecanismos materiales que operan en el subsuelo agrietado de nuestras culturas.

Hoy Latinoamérica vive un proceso de deconstrucción crítica, con fuertes evidencias de un movimiento de reparación o reatadura de los hilos cortados y de retorno a tramas históricas abandonadas. La reemergencia étnica, el feminismo, la diversidad de género o

las nuevas ecologías, son estallidos que demandan un esfuerzo de relectura de las memorias compactas o fracturadas, y cuyas historias fueron contadas desde un solo lado (Segato, 2007). En las últimas décadas, se han generado aportes en la dirección de otorgar una mayor presencia a las subalternidades; etnografías que se abren a pensar y comprender la tensión entre *modernidad/colonialidad/decolonialidad* desde y para América Latina. En este sentido, repensar las etnografías del sur exige también, potenciar los lazos sociales dentro de una postura latinoamericanista abierta y con memoria. En estos términos, la mirada crítica es parte de la tarea a resguardar en nuestras etnografías del sur.

CUATRO, DE LOS SABERES / OTROS SABERES NUESTROS: En distintos momentos de la historia social, la división entre conocimiento científico y saberes, o entre saberes autorizados y saberes prohibidos, fue radical. Mientras los primeros se recluían en el marco de las epistemologías científicas y de las especializaciones disciplinarias, los *saberes otros* han transitado fuera de los muros de las ciencias. De allí la importancia para las etnografías del sur de a) problematizar los paradigmas de la científicidad objetiva y desligada de la praxis del vivir; b) avanzar hacia la transdisciplina e indisciplina; pero sobre todo de c) integrar el pensamiento académico al diálogo con los *saberes otros*.

Nelly Richard (1987) se preguntaba cómo leer el *conflicto de hablas* entre, por un lado, los conocimientos calificados de la especialización académica (regulares, sistemáticos, reconocidos) y, por otro, los saberes desarmados y enrabiados. Efectivamente, en una etnografía del sur, integrar *saberes otros* al diálogo y la comprensión del des-orden y el des-concierto de nuestras culturas, es parte del diálogo a construir. Hoy, en tiempos de revuelta y pandemia, esos otros saberes están delante y con modulaciones propias, en las calles, quemando monumentos, saqueando supermercados, marchando infatigables, gritando y cantando... En todos estos gestos corporalizados hay *saberes otros* que exigen soberanía, esto es, el derecho a un lugar en la construcción de la cultura y en la toma de decisiones. En cada baile y movimientos del cuerpo se establecen reivindicaciones

de agencia cultural. Allí, entre gestos y gritos, subyacen saberes, pues hay memorias, enunciación y reclamos. Hay que entender, señalaba el escritor Pedro Lemebel (2019: 25), que «una nación es un sinnúmero de sentires y que solamente nos une una larga y angosta cinta de dolores e infelicidades».

Pero pensar los conocimientos etnográficos del sur supone ante todo que atravesemos —como antropólogos y antropólogas que somos— los límites, amarrándonos y fundiéndonos en y con los saberes locales y en movimiento. Porque, finalmente, hay que decir que aquí todos estamos en escena, todos los actores y actoras participamos en simultáneo y entrelazados en este drama, aunque se haya perdido la fluidez de la escritura, de la comprensión, del habla y del estar ahí como etnógrafos/as. Porque en estas expresiones de los grandes movimientos y revueltas que nos recorren como continente, la «agencia cultural» no es individual, sino colectiva; no es institucional ni estructurada, sino rizomática y flexible. Es el reconocimiento de esta condición la que le otorga su impronta epistemológica y política a nuestras etnografías del sur.

Siguiendo las palabras de Silvia Rivera Cusicanqui (2018), diremos que es responsabilidad del quehacer de las etnografías del sur no contribuir al remozamiento de las formas de dominación y al encubrimiento de prácticas de colonización y subalternización. Solo así, las etnografías del sur son y seguirán siendo —como creo haber visto estos meses en mi país— etnografías subalternizadas. Solo deconstruyendo los centrismos podremos contribuir a responder: ¿por qué acontece lo que nos acontece? Solo así podremos comprender cuestiones como ¿de qué transgresiones nos hablan los cuerpos desnudos de las jóvenes mujeres sobre los monumentos de próceres de la patria patriarcal?, ¿qué reclamos y saberes se esconden en los bailes y rituales de nuestras calles y de nuestros bosques?

Si las etnografías del sur quieren volverse mundanas, de este mundo, deberán respetar que en el mundo nada está ontológicamente separado del resto. Esto nos envía a la transdisciplinarietà y a la indisciplina como formas de integrar, de comprender aquello que solo provisoriamente podemos fragmentar (Morin, 2011). No significa negar aspectos disciplinares, sino de combinarlos y tras-

centerlos. Con ello lo que se asienta es la duda y la posibilidad de interrogar nuestro modo de conocer, abordar lo complejo, hacer lugar a lo imprevisible, permitiendo que el quehacer etnográfico se someta a las múltiples miradas y contrapuntos. En estas turbulencias, los paradigmas se pierden y el desorden puede ser una fuente de una fecundidad inagotable (Balandier, 2003). La lección de estos tiempos de revuelta es que ya no son las situaciones estables lo que interesa, sino los procesos, las crisis, las inestabilidades, lo que se transforma, las alteraciones geológicas y climáticas, la evolución de las especies, las mutaciones y crisis de las culturas que se pensaban democráticas.

En estos términos, una etnografía del sur debe ser, ante todo, una arqueología capaz de leer las cortezas o estratos de la memoria; la genealogía de la grieta es la que nos permitirá abordar las fracturas y las fallas telúricas que históricamente nos han instalado la desigualdad al interior de nuestras culturas y la desmesura del modelo neoliberal. Una etnografía del sur es, si les creo a los cientos de ponencias que hemos escuchado en el reciente Congreso ALA, una etnografía incómoda, por cuanto ella tendrá necesariamente que abordar las contradicciones y fricciones de clases, de géneros, de identidades, porque no hay posibilidad de comprender nuestras luchas si no se comprenden las fricciones y sus energías. Una etnografía del sur es por definición una etnografía contrahegemónica, en cuanto devela la lógica de los privilegios que imperan en una estructuración jerárquica de la sociedad.

Finalmente, lo que está en juego, citando nuevamente a Esteban Krotz, no es meramente la posibilidad de producir representaciones pulcras y certeras del mundo social, sino la posibilidad de transformarlo para mejor. Hoy, más que nunca, hay una responsabilidad que nos atañe; una ética de las etnografías del sur se hace urgente para no olvidar que son otros los que ponen el cuerpo mientras nosotros observamos, pensamos y escribimos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balandier, G. 2003. *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Barcelona. Gedisa Editorial.
- Guber, R. 2004. *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires. Paidós.
- Krotz, E. 1993. La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes. *Alteridades*, 3(6), 5-11.
- Lemebel, P. 2019. *No tengo amigos, tengo amores. Extracto de entrevistas*. Santiago. Alquimia Ediciones.
- Morin, E. 2011. *Introducción al pensamiento complejo*. Buenos Aires. Gedisa.
- Richard, N. [Ed.]. (1987). *Arte en Chile desde 1973. Escena de avanzada y sociedad*. Santiago. Flacso.
- Rivera-Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo de ch'ixi es posible. Ensayos desde el presente*. Buenos Aires. Tinta Limón.
- Segato, L. (2007). *Las nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires. Prometeo Libros.



FRANCISCA MÁRQUEZ es antropóloga y doctora en sociología. Profesora titular del Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado, Chile. Entre sus libros se encuentran *El diario de Francisca. Septiembre de 1973* (2019, Ed. Hueders); *Patrimonio. Contranarrativas urbanas* (2019, Ed. UAH); *[Relatos de una] ciudad trizada. Santiago de Chile* (2017, Ed. Ocho Libros); *Las ciudades de Georg Simmel. Lecturas contemporáneas* (2011, Ed. UAH-PUC).